

DEL HONOR Y DEL FANGO

España vive desde hace décadas una situación de permanente anormalidad. Acciones constantes de ingeniería social y política han dado lugar a una polarización insoportable, en la que todos nos vemos obligados a posicionarnos frente al enemigo impuesto. Mujeres contra hombres, derechas contra izquierdas, afirmadores de lo que sea frente a negacionistas de lo mismo, configuramos una realidad sofocante que condena al fracaso cualquier intento de construir en positivo. Sucesivos gobiernos se han afanado en fomentar esta dinámica, cambiando hasta el lenguaje y creando problemas donde no los había sin ofrecer soluciones a los reales.

Afortunadamente, en este caos sobreviven aún algunas instituciones que permanecen firmes en el cumplimiento de su deber y se convierten en referentes, por confiables, para una sociedad líquida que abandona sus creencias y adora nuevos y cambiantes becerros de oro que le ofrecen alcanzar utopías muy alejadas de la realidad. La Justicia, con su lento pero inexorable proceder, es una de ellas. Otra sigue siendo, todavía, la Guardia Civil.

La Guardia Civil surge en España en 1844 como respuesta a la necesidad de contar con una fuerza de seguridad que protegiera personas y propiedades en todo el territorio, tras los fracasos de la Milicia Nacional y de la Policía General del Reino por su manifiesta ineficacia y actitud corrupta, consecuencia de su fuerte sectarismo político.



No es de extrañar, por tanto, que entre las preocupaciones de su fundador, ocupara un lugar preferente mantener al nuevo Cuerpo alejado de las luchas partidistas, dotándole de una fuerte personalidad propia, fruto, más que probablemente, de su condición de Cuerpo Militar perfectamente enraizado en la sociedad civil.

Como resultado, la Guardia Civil viene prestando ininterrumpidamente su servicio a España sin importar el modelo de Estado imperante: monarquía absoluta, monarquía constitucional, república, otra vez monarquía, con dictadura o dictablanda, nuevamente república, dictadura y vuelta a la monarquía. Con gobiernos de muy diferente color político, lo mismo en la península que en nuestros territorios de ultramar o más allá de nuestras fronteras, y con la misma entrega en paz o en guerra, los Guardias Civiles han mantenido una actitud de máximo rigor en el cumplimiento de su deber, aun a riesgo de su propia vida, haciendo frente a las amenazas al Estado con serenidad y firmeza. Del éxito de su servicio da fe el respeto que le profesan los españoles de bien. Solo resulta temible para los enemigos del orden.

En 1930, un intelectual de la época reflexionaba sobre los rasgos más salientes del carácter de los españoles: la inclinación a «esquivar el deber» por falta de «seriedad en la vocación» y la casi total falta de «sentido social», ese goce de sentirse parte de un todo armónico, de comportarse como pieza puntual para que el conjunto de la máquina funcione bien. Frente a estos defectos, con evidente abuso de la hipérbole, marca de la época, valoraba las virtudes de la Guardia Civil:

“Nada más severamente adicto al cumplimiento del deber que un Guardia Civil. Al cumplimiento del deber sin brillo; del de todos los días; con perfección que igual se extrema en el servicio extraordinario y en la aburrida misión de recorrer durante ocho o diez horas carreteras intransitadas. Y nada más devotamente impregnado del espíritu del Cuerpo –disciplina, sentido social– que un Guardia Civil. ¿Cómo pueden darse entre nosotros hombres de este corte en tal abundancia? ¿En qué especie de metal incorruptible los transmutan cuando les invisten el uniforme, que así quedan inmunes a todo mal ejemplo? ¿Qué maravillosos fluidos, llegados de Dios sabe qué distancia, captan los picos del tricornio, que así neutralizan en quien lo lleva toda imperfecta inclinación nativa? Es un milagro: el milagro de la Guardia Civil. No es que la Guardia Civil haga milagros, sino que es un milagro en sí misma”.



Hoy, España puede sentirse orgullosa de sus Guardias Civiles. El sentido del deber y la vocación de servicio siguen inspirando a sus miembros en cualquier circunstancia y se sigue cumpliendo la máxima de su fundador, el Duque de Ahumada, acerca de ser un “pronóstico feliz para el afligido”. Tanto en el lodazal de la corrupción política que nos invade, como en el barro que físicamente ahoga a nuestros compatriotas en el Levante, los Guardias Civiles se desenvuelven con rigor y eficacia, sucios por fuera, pero manteniendo su honor intacto, llenos de la satisfacción del deber cumplido.

No faltarán ataques de quienes os necesitan maleables, incluso el abandono de quienes os dirigen. Si investigáis la corrupción, enseguida surgirá la politización de vuestras intenciones para minar vuestra credibilidad. Si os dejáis la piel ayudando a quienes más os necesitan, os retirarán del escenario para negaros el protagonismo que alcanzáis con vuestro trabajo incansable, permanente y en silencio. Y responderéis al ataque con disciplina, aun cuando la arbitrariedad y el error vayan unidos a la acción del mando.

El destino ha querido que, en medio de los cruces de acusaciones entre políticos por adjudicar al adversario la titularidad de la máquina del fango y de la lucha denodada por construir un relato que legitime una realidad paralela, la naturaleza haya descargado su furia contra nosotros y llenado de lodo nuestras vidas en la catástrofe más dolorosa que jamás hemos contemplado.

Y hete aquí, que en ese lodo han resplandecido, una vez más, los valores que hicieron Benemérita a la Guardia Civil. Un esfuerzo descomunal, sin publicidad, ni logos para dotar a una marca de atributos de los que carece, solo con el sacrificio altruista de sus individuos, a los que no me cuesta imaginar con el corazón roto de tanto dolor por las pérdidas propias y por la impotencia de no poder hacer más. Hasta tal punto han resplandecido, que, lejos de asignarles refuerzos, se les retiran las competencias que les son propias, quizá para repartir honores con quienes los necesiten más.

Pero quien a hierro mata a hierro muere y en ese lodo, fango en fin, hemos tenido la oportunidad de ver la vergonzosa huida, abandonando incluso al Rey, de todo un



Presidente del Gobierno, que encontró su Némesis incapaz de mirar a la cara a los ciudadanos con los que juega para conservar el poder, justamente indignados con la gestión de esta catástrofe que tantas responsabilidades reclama, quizá incluso penales. Para satisfacción general, del lodo ha emergido la figura de nuestro Rey, que ha sabido hacer frente a la misma situación exhibiendo unas dotes de empatía y templanza que sin duda nos han de servir de guía para el futuro, cuando el fango se despeje y veamos el camino de la recuperación.

No nos engañemos. Hoy está todo más claro, pero la ignominia seguirá creciendo hasta cotas impensables y no faltarán esbirros que se presten a ejecutar las directrices emanadas del poder; basta ver cómo las autoridades afrontan esta tragedia con la vista puesta exclusivamente en el rédito político. Por eso es imprescindible, y urgente, expulsar a tanto cargo corrupto como los que manejan el Estado y a tanto mando inepto y servil que no está a la altura de su responsabilidad.

España necesita una refundación de su sistema constitucional para eliminar los vicios que la han empequeñecido, afrontando con decisión las reformas estructurales necesarias. Soluciones blandas sólo servirán para ocultar los defectos del sistema por tiempo limitado, que saldrán de nuevo a la luz con más virulencia. Será preciso encontrar líderes que tengan el valor de acometer las reformas que necesitamos para salir del fango y recuperar la senda del honor.

CÉSAR ÁLVAREZ

Coronel (R) GC

Presidente Honorífico Foro Duque de Ahumada